

Presentación de “A Medio Morir Cantando” de David Benavente

Intervención de Sol Serrano

Historiadora

Profesora Titular, Instituto de Historia, PUC

Es posible que sólo la perseverante originalidad de David Benavente es la que permita hoy publicar un libro que no tiene, literalmente ni una palabra suya, ni un prólogo, ni una explicación a pie de página. El sencillamente no existe.

Esta prescindencia explícita es usual en la ficción donde el autor es todo, pero no en este género inclasificable que siendo una narración, y una muy apasionante, no es ficción. Es cierto que hace las veces de etnólogo, como señala Alex Wilde en la introducción, pero es un etnólogo sólo en el método y no en la exposición porque aquí no hay teoría ni interpretación. En este silencio, claro, está la fuerza de su voz, su amor por las voces de otros y una proposición cómo conocer y entender la sociedad. Es una proposición que no desafía a los lectores, sino a los muchos escritores de diversas disciplinas que pretenden conocerla e interpretarla.

Quiero decir que mi primer impulso y que mantuve hasta la última página, fue ser una ávida lectora, lectora fascinada con vidas cuyos rostros he visto toda mi vida y cuyas voces no había escuchar en forma tan prístina y propia. Lo leí como lectora, adentro de cada personaje, sintiéndome fácilmente cualquiera de ellos. Me pillé a mi misma muchas veces relatando yo mi propia historia, comparando, recordando, sufriendo, riendo, reconociendo cada giro del lenguaje, cada destello de humor, cada frustración ante la precariedad reinante.

Al terminarlo, tuve que dejar de lado ese rol y enfrentarme a la pantalla en blanco para ponerme a pensar. Supuse que David no me había hecho el gran honor de invitarme hoy a esta presentación sólo como lectora, pero no quiero obviar ni o pasar por alto –porque es su mérito– que esa es mi condición favorita ante su libro.

Una lectora, entonces, que cultiva cada una de las disciplinas que espiran a comprender la sociedad. No se trata de comparar ni de excluir, se trata de complementar, pero siento también la impotencia de las ciencias sociales de dar cuenta de los pulsos más vitales de los fenómenos que estudia. Para eso está el arte, se medirá. Y es cierto. Pero no basta. Recordaré la frase de Carlyle “History, is after all, true poetry” porque la realidad, bien interpretada es más grande que la ficción.

David Benavente ha encontrado un género –no digo que lo haya descubierto– que le habla en forma muy directa a todas las disciplinas o a todos los saberes –la propia conformación de esta mesa da cuenta de ello– porque más que una forma de conocer, se postula como una forma de comunicar.

Por de decirlo de otra manera. El libro de me recordó esa frase grandilocuente del no menos grandilocuente historiador romántico inglés que acabo de citar. Pero lo dice mucho mejor uno de los entrevistados, un jefe de sección de una fábrica: “... no hay que ser muy sicólogo, un muy sociólogo, ni muy filósofo para darse cuenta que comunicarse no es gratis ni mucho menos. O sea, hay que meterle caleta de tiempo, esfuerzo y paciencia para superar esa incomunicación ancestral de todos los santos días”.

Hay que agradecerle a David la caleta de tiempo, esfuerzo y paciencia que ha puesto en contribuir a comunicarnos. Si cada generación de este país hubiera tenido un etnólogo como David, podríamos haber escrito y escribir otra historia.

Desde mi disciplina, agradezco que haya recogido estas fuentes, de haberlas creado para nosotros y para los que vendrán. Uno de los desafíos más complejos para los historiadores ha sido poder historiar a esos grandes sectores sociales que no dejaron documentos de sí mismos. Por eso tan difícil hacer la historia de los excluidos, de los pobres, de las mujeres, de los indios, de los viejos, de los enfermos, porque accedemos a ellos mediados por otros, generalmente por los más poderosos.

Hay algo sintomático y también cruel en que podamos estudiar a los pobres del siglo XVIII finalmente a través de los archivos judiciales, o a muchas mujeres a través de los archivos de la inquisición, o las relaciones conyugales a través de los juicios de divorcio. Cuesta tanto encontrarlos en su propia dignidad como lo permiten los relatos compuestos por David Benavente.

Entonces, como lectora, quiero agradecerle las mil emociones que transcurrieron entre cada página y cada personaje; como historiadora, quiero agradecerle las fuentes para historiar unas vidas que se nos escapan de los archivos. Y finalmente, como chilena, agradecerle comunicarnos entre nosotros sin paternalismo, sin una gota de populismo, sin teorías, sin lecciones moralizantes, para que reluzca en su esplendor la dignidad de tantos.

Presentación de “A Medio Morir Cantando” de David Benavente

Exposición de Alfonso Calderón

Escritor

Premio Nacional de Literatura

Hacia 1968, aún se consideraba el estado de mudez como cuestión básica de la inexpresividad popular. Muy pocos creían en otra cosa que no fuese una interpretación ideológica del personaje del pueblo, ajeno al gran banquete de las ideas. Me parece que hubo un momento en el cual libros como los del cubano Miguel Barnet abrieron camino al decir del otro, al oído público de alguien que era, en verdad, según la estimación culta, nadie. Recuerdo especialmente el efecto de la lectura de “Biografía de un cimarrón” o de “Gallego”, de Barnet, como estímulos de un autorretrato del ser olvidado, o preterido que, al contar lo propio, lo que había vivido, abría un camino, el de mirar la historia en la que él había surgido, su medio ambiente. Ni decir que ello forma parte de un hallazgo de la antropología que se inicia, según me parece, con los libros de Lewis, particularmente con “Los hijos de Sánchez”.

De pronto, las universidades Católica, primero, y de Chile, después, patrocinan un nuevo trato a la expresividad de los héroes populares. Se encuentra en ellos esas “semillas de sabiduría” a las que se refiere Joseph Conrad. Al hablar los “sin voz”, al ser oídos sus reclamos, al exponer sus vidas establecen claramente lo que había sido propuesto en el juego de las aspiraciones selladas. El relato, o la entrevista, se convierte en una exposición natural del mundo de lo que la jerga usual atribuía a los lamentos de los desheredados. Era la posibilidad de ir contando para vivir, otra vez, sus vidas, sus sufrimientos, los desamparos existenciales, los rigores de la situación en una escala social. Muchos creen, al hablar de ellos mismos, como en este excelente libro de David Benavente, que no se pone límites al sí mismo.

Aquí, en las páginas que he leído ayer, hay una generación que recuerda. En vez de aceptar la retirada sobre ellos mismos, sacuden los moldes y echan al voleo sus ilusiones. Están verbalizadas las demasías que muestran los dolores colectivos, con la ilusión (que podemos llamar entonces esperanza) del testimonio de lo que surge en el 73. La cultura del vivac, de la opresión, de la extranjería del prójimo, de envilecimiento en envilecimiento, que incluye el hambre, la tortura, la muerte. Que podamos recuperar la memoria colectiva es una de las virtudes mayores de este libro. David legibiliza un modo de expresión popular, las hojas de vida activa de seres que no estaban seguros de ellos mismos hasta el instante en los cuales la necesidad los apremia, les exige “ser”, ser para sobrevivir. No excluyamos los poderes del azar, que lleva a un “desocupado” a ocupar un espacio social en el cual evangeliza, es decir, sube a los techos para contar la buena nueva. La lengua misma de los expositores se pone en acción, vivifica al amparo de la palabra que le permite ser escrito.

Ya no es sólo objeto de la representación, sino que es él mismo quien instala sus hábitos comunes en el tejido (o texto) que llamamos escritura. Establece, en el relato, su territorio. Lo anima con su relato de vida, subvierte el estereotipo, camina en la ruta que él mismo ha abierto. Admiramos como surge el relato de “vivir-juntos” (expresión usada por Roland Barthes). La familia se integra a la historia, lejos de los juegos pendulares de sumisión-rebeldía. El “super-yo de la pobreza” deja atrás el laxismo y nos cuenta cómo se cuenta a él mismo. No hay una intimidación venida del propio lenguaje, pues él crea el vehículo adecuado de su forma de comunicarse. David poda, ordena, establece, textualiza. Ya no somos lectores distantes, sino partícipes de la historia del relator.

Presentación de “A Medio Morir Cantando” de David Benavente

Intervención de Humberto Gianini

Filósofo

Agradezco la invitación que se me ha hecho para decir algunas palabras a propósito de la última obra de David Benavente.

No sólo ha sido un agrado leer “A medio morir cantando” sino un estímulo serio a mi propia preocupación por un aspecto de la vida que en general descuida la filosofía: la vida cotidiana, y que en la producción artística de Benavente ha tenido una expresión vigorosa, profunda, esperanzadora, diría. Y justamente cuando la vida de todos los días parecía dar muy pobres motivos para alimentar esperanzas.

En los tiempos de la desesperanza, “Tres Marías y una Rosa” fue para mi una obra inolvidable. Aparentemente “A medio morir cantando” tiene otra estructura que la teatral, aparentemente. Por ejemplo, en la mini narración “Soy como soy y no como tú quieres” (pág. 41) es evidente la mano, la pericia del dramaturgo. Del demiurgo que descubre y recompone la trama esencial de las cosas.

Quisiera referirme a la impresión que me deja el arte practicado por Benavente en su última producción.

Diría que es muy cercana a la idea que tengo del arte fotográfico, si es legítimo hacer algún tipo de analogía entre el arte de la imagen visual y la escritura.

Voy a intentar aproximarme desde la filosofía que es mi oficio, al logro que me parece, alcanza la fotografía cuando se la practica con arte y vocación: este logro privilegiado, envidiable, consiste en coger el instante. Algo envidiable, sobre todo para el filósofo. Y en pocas palabras quisiera explicar las razones de esta envidia.

TRANSCRIPCIÓN INTERVENCIÓN MAURICIO ARTEAGA

Grabación efectuada el 07 de mayo de 2008 para el lanzamiento del libro A Medio Morir Cantando de David Benavente.

Mauricio Arteaga:

Muy buenas noches a todos los presentes. Quiero partir agradeciendo a David su amable invitación para presentar su libro. Se lo agradezco porque valoro su amistad y su trabajo.

Pero de todos modos estoy muy complicado, y muy avergonzado, de presentar este libro junto a personas tan versadas que componen este panel, y porque bueno, este período de la memoria chilena abarca un porcentaje importante de mi vida y de la vida de mi familia, particularmente la vida de mi padre que fue cesante en los ochenta, y que además se deprimió en los ochenta, después de la crisis económica. Así, yo tomé este libro con el corazón apretado por las complicaciones que describo, pero terminé con el corazón más apretado aún por el recuerdo. También estoy avergonzado porque yo conozco la historia chilena oficial, la sangrienta, la de las torturas y la de los asesinatos, y conocía muy poco esta historia de los sin trabajo, de los despedidos por arbitrios del jefe, de los que vivieron veinte o treinta años con trabajo precario, en definitiva la historia de las personas.

En el texto aparecen relatos, testimonios, llenos de esperanza, superación, amistad, fidelidad, compromiso, solidaridad, amor, humor, y resiliencia. La resiliencia en psicología es algo importante, es esa operación psíquica o conductual que algunas personas hacen para poder saltar su destino. Y este texto está lleno de personas resilientes, perseguidas, torturas, marginadas, que salen adelante y que surgen por actos propios e intencionados, no por suerte. Se saltan su destino, saltan el mandato generacional, lo que los padres querían de ellos, lo que la sociedad quería de ellos, lo que el sindicato quería de ellos, lo que la empresa quería de ellos.

Pero yo me quedo con otro lado del texto, el lado sombrío, que contiene los relatos en donde prevalece la pobreza material y de espíritu, la injusticia, la desesperación, la desesperanza, la desvalorización, el miedo, la angustia, el desánimo, la apatía, la abulia, la rabia y la arbitrariedad. Son relatos donde abundan las emociones y situaciones vitales que son tóxicas para el espíritu porque son crónicas y dramáticas.

Yo me tengo que detener acá por la posición en que leí este texto. Esos sentimientos, esas emociones, me llevaron a pensar inmediatamente en todas las cifras que existen en el país sobre depresión, ansiedad crónica, alcoholismo, violencia social y familiar. Los índices de salud mental, de bienestar de la población. Yo he escuchado que estos índices de depresión, lo he escuchado de psiquiatras y psicólogos, son causa del smog, es decir, de la cantidad de luz que nos llega diariamente y afecta unas moléculas de la piel, los melanocitos, y causan un trastorno del sistema nervioso central. También he escuchado que la depresión, es causa o se asocia directamente con los inhibidores selectivos de la recaptación de la serotonina, es decir, de causas neurofisiológicas. No me cabe duda de que estos u otros motivos tienen mucho que ver con la depresión y las alteraciones del estado de ánimo, pero en nuestro país es realmente negligente pensar que las alteraciones del ánimo sólo se deben a causas biológicas o a la cantidad de luz en el ambiente. Ciertamente los factores psicosociales, particularmente asociados al trabajo, a la violencia del modelo económico, nos han marcado en este sentido.

Lo anterior me ha llevado a pensar que en nuestro país el aprendizaje es escaso. Hace treinta años y más que tenemos un trabajo precario, personas deprimidas, personas violentas, personas alcohólicas. Sólo para ilustrar: En las últimas tres décadas la tasa de depresión del país va de 7,5 a 10% en la población mayor de 15 años. El 30% de la población que consulta en el sector primario de salud es por causa de alteraciones del ánimo. La depresión es la segunda causa que explica el indicador AVISA, es decir la cantidad de años de vida saludable perdidos por discapacidad. Somos los primeros en Sudamérica en estos índices, y los terceros en el mundo en tasa de alcoholismo. Estas situaciones no es sólo se han manifestad durante los últimos 30 años, sino que nos amenaza constantemente con permanecer y repetirse.

¿Qué hemos aprendido? ¿Qué sentido tienen estas historias?

Mi conclusión es que nosotros los chilenos aprendemos poco. Es cierto que estamos en el umbral del desarrollo, es cierto que hemos avanzado, es cierto lo que dicen las encuestas sobre el bienestar, el desarrollo económico. Pero no puedo evitar, por mi propia historia quedar con el corazón apretado. El libro de David me deja inquieto y preocupado, sobretodo por la memoria del país y la imposibilidad que hemos tenido como nación de reparar el daño causado.

Eso es todo, muchas gracias.